

ANEXO

ANEXO TEÓRICO-METODOLÓGICO DE LAS OPCIONES TEÓRICAS

Al hablar de “protesta” como fenómeno asociado a la movilización, la entiendo como la acción colectiva ideológicamente promovida desde los relatos culturales de mediana y larga duración. Acción que construye significados políticos al objetivizar las proyectualidades latentes cristalizadas por los/las movilizad^{os}/as, a partir de una lectura y evaluación del mundo social y de un deseo de mudanza conforme a creencias, valores e ideales. Consideramos, por otro lado, que la posibilidad para la protesta está contenida estructuralmente (Mouriaux y Beraud, 2000), aun cuando ciertamente esa posibilidad no se manifiesta bajo la forma de causa (precarización de la sociedad) y efecto (protesta), sino que se “activa” desde la cultura y los sentidos personales en torno al lugar que cada uno ocupa en el mundo social, y no desde un escrutinio utilitario y/o “espera” de las “oportunidades” para la acción colectiva¹.

1 Un recorte epistemológico del conjunto de teorías sobre movimientos sociales permitiría identificar aquellas que se centran en los modos de representación, en combinación con los factores externos de constitución de los “movimientos” y aquellas que los abordan en tanto “cosas” totales. Recuperemos para el efecto la clasificación de las teorías de los movimientos sociales realizada por Wada (1997). Este autor identifica en la amplia literatura sobre los movimientos sociales “ocho grandes perspectivas basadas en dos clivajes”. El primer clivaje se sustenta en el foco analítico y cuatro de las ocho perspectivas analizarían los efectos causales de los cambios macrohistóricos sobre los movimientos sociales; este primer grupo de teorías ha sido denominado “*macro-historical transformation perspectives*”, y han sido incluidas en él las vertientes durkheimiana, marxista, weberiana

Como se ha dicho, el examen de la protesta es emprendido desde el concepto de “ideología” que hemos definido, de acuerdo con Eagleton, como “el modo como las luchas por el poder son entabladas en el nivel de la significación” (Eagleton, 1996: 196). Al plantear el problema desde el punto de vista de la producción de sentidos nos redimimos de la comprensión de la ideología como falsa conciencia, sustentando la evaluación de la eficacia política de la acción significativa a la luz del concepto de “competencia política”, es decir, de las capacidades para “reconocer la cuestión política como política y tratarla como tal, respondiendo políticamente a ella, es decir respondiendo a partir de principios propiamente políticos (y no éticos, por ejemplo)” (Bourdieu, 2000: 407). Tales pautas se elaboran en el “campo de producción ideológica”; es en él que se definen los instrumentos de pensamiento del mundo social dados en un momento y la problemática legítima, lo que es políticamente pensable. Serían, entonces, estas competencias de los sujetos las que coadyuvarían –o no– para que las proyectualidades personales y grupales sean formuladas en términos de proyectos políticos, y la acción sea llevada a la esfera pública con alguna visión estratégica.

Al proponer una entrada al tema de la protesta desde la ideología, estamos deslindando campos con un abordaje desde las perspectivas sobre los movimientos sociales, debido a que tales perspectivas teóricas no proporcionan el acceso suficiente a nuestra preocupación actual², centrada precisamente en la gramática de las representaciones y los contenidos ideológicos de la protesta, en una gran proximidad con la experiencia social de los sujetos y aun los relatos personales, así como en la evaluación de los efectos de dicha experiencia, relatos y movilización en la constitución de la política de contestación.

y posmoderna. Las teorías que conforman el grupo determinado por el segundo clivaje analizarían la incidencia de los esfuerzos movilizatorios sobre los movimientos sociales (los elementos contextuales que inciden en la movilización o la promueven, elementos de orden económico, político, social y cultural). De manera sintética, el argumento central de estas teorías sería que la emergencia, las dinámicas y los desenlaces de los movimientos sociales son resultado de “incentivos movilizatorios” (“*mobilizational efforts*”). Wada denomina a estas corrientes teóricas “perspectivas movilizacionales”, en las que es puesto el énfasis en diversos “tipos causales”: utilitario, de las oportunidades políticas, de las estructuras movilizadoras (“*mobilizing structure*”) y de los marcos culturales (“*cultural framing*”) (Wada, 1997: 2).

2 Maria da Glória Gohn sugiere que: “Analisar os paradigmas a respeito dos movimentos sociais implica abordar preliminarmente duas difíceis questões: o próprio conceito de movimento social e as teorias a seu respeito. Quanto á primeira, poucos autores se dedicaram a definir ou a conceituar o que entendem por movimentos sociais. Acrecente-se a essa lacuna a profusão de tipos e espécies de movimentos sociais que tem sido tratados da mesma forma, além da não diferenciação entre movimentos propriamente ditos, lutas, protestos, revoltas, revoluções, quebra-quebras, insurreições e outras formas de ações coletivas” (Gohn, 1997: 12-13).

Antes de continuar deseo reforzar el argumento en torno a la opción teórica realizada, pues existiría, con todo, otra posibilidad de aproximación hacia nuestro interés analítico. Tal posibilidad ofrecería lo que Wada (1997: 53) denomina *cultural framing perspective*, cuyo eje teórico y sustento es la categoría de “*frame*”, cuyo origen sociológico es el legado de Goffman. Definido inicialmente como “orientaciones cognitivas”, en la segunda mitad de los años ochenta el *frame* fue definido por Snow y Benford como un esquema interpretativo desarrollado por las colectividades para entender el mundo, y utilizado por esos autores para identificar las estrategias de los activistas para vincular sus esquemas de interpretación a los *frames* existentes en la sociedad (Ghon, 1997: 88). Visto en esta acepción adaptada al análisis político-cultural de la acción social, Ghon propone traducir el término *frame* no como “marco” o “molde”, sino como “marco referencial significativo y estratégico de la acción colectiva” (Ghon, 1997: 87).

En la interpretación de Oliver y Johnston, el *frame* nos remitiría a varias acepciones: estructuras cognitivas individuales localizadas en la mente que ayudan a procesar y sistematizar la experiencia y a orientar la acción; esquemas interpretativos –y no ideas aisladas– relevantes para diferentes niveles de la experiencia y compartidos colectivamente, que son capaces de canalizar los comportamientos individuales dentro de patrones sociales; procesos interactivos de conversación, persuasión, argumentación (Oliver y Johnston, 2000: 4).

Los autores llaman la atención también sobre la frecuente confusión entre “*frame*” e “ideología”, señalando que no se trata de sinónimos, pese a que los referentes empíricos puedan ser los mismos; en su perspectiva, la diferencia existente entre estos dos conceptos serían que el primero, *frame*, se refiere a un proceso de interacción y focaliza en la intencionalidad, mientras que el segundo, ideología, en los contenidos; abordar la ideología implicaría, pues, averiguar también sobre los orígenes de esos conjuntos de creencias y valores, así como sobre sus repercusiones para la acción social y política (Oliver y Johnston, 2000: 8-9).

Concordando con que *frame* e ideología no son sinónimos, mi opción por esta se sustenta en un razonamiento de mayor complejidad, ya que al hablar de ideología involucramos una dimensión eminente de la que carece el primero: su proyección hacia la comprensión de los fenómenos del poder y los efectos hegemónicos, así como de las escisiones internas del sujeto, de sus eventuales incongruencias que desdican la racionalidad instrumental.

Ahora bien, aun tratándose de abordajes que juzgo adecuados para mis propósitos actuales, como son la perspectiva sobre la ideología en los términos de Eagleton o la de hegemonía desarrollada en la

tradición gramsciana, considero que las pautas teóricas disponibles no alcanzan a explicitar la complejidad constitutiva de los sujetos de la protesta, pues lo que habitualmente se nos ofrece es el perfil del “sujeto sujetado”, tal como aparece en el bosquejo de Althusser en *Aparatos ideológicos del Estado* (Althusser, 1996). Lo que Balibar denomina los movimientos del sujeto “hacia la libertad” (Balibar, 2000) permanece como idea residual. Se trata, sin embargo de una idea que debe ser rescatada en aras de la comprensión de la protesta social, aun cuando dicho “movimiento” pueda ser limitado desde el punto de vista de la eficacia política. Sin revalorizar esta idea, en el contexto de una comprensión de la duplicidad del sujeto no entenderíamos cómo los sujetos logran –desde diversas competencias políticas– impugnar, como diría Barrington Moore (1987), “el contrato social vigente”. En efecto, ¿cómo se podría protestar dentro de un “encuadramiento” rígido o una pre-determinación hegemónica?, ¿cómo romper, en calidad de “sujetado” por excelencia, la tautología de la dominación, eufemística o groseramente ejercida?, ¿se puede reducir la capacidad de protesta a la influencia de los *outsiders*, los intelectuales orgánicos o la alta dirigencia, o considerarla como previamente encauzada? La respuesta a estos interrogantes requiere un cierto ejercicio de “inmersión” en las profundidades del sujeto, “completando” las perspectivas teóricas elegidas, pues allí encontraríamos tanto las potencialidades emancipatorias, cuanto –en gran medida– la fuente de la evanescencia de esas “fugas” hacia la libertad.

Estos “ajustes” pueden ser concretados al considerar que la producción del significado de la protesta tendría dos tiempos. El primero, el de los códigos culturales compartidos en espacios organizativos y/o cotidianos (que tendría, digamos, un carácter externo y envolvente) y el segundo tiempo, el del acontecimiento movilizatorio interno que transcurre en el fuero personal. Es justamente en este registro personal, íntimo, emotivo –“en la intimidad del corazón”, como diría Hannah Arendt– donde emprenderemos nuestras búsquedas centrales del sentido político elaborado por nuestros/as interlocutores/as; es allí donde trataremos de captar estos momentos que tornan posible una “fuga hacia la libertad”, que estaría muy relacionada con lo que Althusser llamó “interpelación” o llamamiento³ (Althusser, 1996).

El planteamiento althusseriano sobre la ideología y la interpelación puede ser interpretado de la siguiente manera: la ideología es un *corpus* de creencias y valores que representa la relación del sujeto

3 Agradezco a Javier Auyero el haberme proporcionado el manuscrito del capítulo de su obra *Vidas beligerantes* intitulado “La vida en un piquete: biografía y protesta en el sur argentino”, trabajo sobre el cual el autor disertó en la FLACSO Ecuador, en noviembre de 2001. La lectura de dicho capítulo me permite apreciar con mayor profundidad el trabajo plasmado en el libro de su autoría que cito (Auyero, 2002).

con la dominación (“representación de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones de existencia”). Es en consonancia con estas creencias que el sujeto resulta interpelado o llamado para cumplir con los preceptos trazados por las relaciones de poder existentes (“la ideología interpela a los individuos en cuanto sujetos”). Sin embargo, los sujetos al obedecer al llamado no actúan bajo coerción sino que “trabajan por sí mismos”, relacionándose con el mundo exterior mediante la praxis; ese trabajo “autónomo” del sujeto es posible en la medida en que la ideología está “incorporada” en el sujeto y actúa de manera semejante al inconsciente freudiano (“la ideología no tiene historia”). En el *corpus* teórico althusseriano, la interpelación y la ideología estarían asociadas a la idea de “falsa conciencia”; es por ello que al recuperar el concepto de “interpelación”, preferimos, con Eagleton, una acepción de “ideología” en tanto batalla en el campo del significado, donde el “trabajo” de los sujetos “por sí solos” estaría asociado a la producción de numerosos significados, entre ellos los de sujeción y emancipación.

Ahora bien ¿con qué llave maestra abrir la caja negra de la interpelación, en tanto trabajo de los sujetos “por sí mismos”? O en otras palabras, ¿funciona la interpelación en un lugar subjetivo vacío? En el momento interpelatorio es justamente cuando entraría en juego algo cercano a lo que el sociólogo Craig Calhoun denomina “identidad”, en tanto elemento constitutivo de las proyectualidades personales (lecturas del mundo y de un lugar personal en él), de cara a la estabilización de la propia subjetividad, así como de proyectos políticos hacia la sociedad (Calhoun, 1994: 28 y 1999: 95-97). (Entiendo aquí la idea de “proyecto” no necesariamente en un sentido instrumental rígido de delineamiento táctico y estratégico de la búsqueda de metas políticas, sino como una palabra que todos y todas tenemos frente a la sociedad, y cómo en ella se organiza el poder y el vivir, como un deseo de cambio o conservación del orden). Pero más allá de las proyectualidades y proyectos, el momento movilizador o interpelatorio estaría estrechamente vinculado a la puesta en juego de un sentido de la vida, de la continuidad de ese sentido expresado en nuestros relatos personales que, a la larga, podría revertirse en la construcción de ideales duraderos (remito, otra vez, a Calhoun, 1999, en su análisis sobre el movimiento estudiantil de la Primavera de Beijing).

En una línea argumentativa desde la teoría crítica, John Holloway concibe a la identidad como resultado de un proceso de fetichización, “de separación entre lo hecho y un hacer”, argumentando, al mismo tiempo, la imposibilidad de una estabilización de una condición fetichizada de la subjetividad, es decir, de una identidad estable. En otras palabras, siendo imposible reducir un proceso de subjetivación y posicionamiento frente al mundo a un “estado” (metáfora mía) de

identidad, lo que existiría es una lucha por la identificación, por imponer una capa de estabilidad sobre la violencia que implicaría separar “lo hecho del hacer”. En ese sentido, Holloway considera imposible un estado de alienación permanente y generalizado en espera de una salvación externa por un *deus ex machina*, sea este el proletariado, el partido u otra entidad histórica. Así pues, junto con las tendencias a la fetichización, de cosificación de las relaciones sociales capitalistas, el autor observa la presencia del antifetichismo o desfetichización, como desdoblamiento dialéctico, en tanto conciencia sobre la historicidad de las relaciones sociales capitalistas y, sobre todo, insurgencia de la que todas (o casi todas) las personas serían capaces (Holloway, 2002).

Siendo diversa la procedencia teórica y filosófica –y aun disciplinar– de Calhoun y Holloway, las lecturas de ambos nos sugieren la plausibilidad de entender a la identidad como proceso y momento de la ideología, como complejidad, inestabilidad y, en mi criterio, aun negación, como potencial *locus* de cuestionamiento frente a lo establecido (por su parte, Holloway adelanta, además, un ingrediente ético, en el sentido de la necesidad de la negación de la identidad en tanto encapsulamiento frente al dolor del mundo; sin embargo, tal objeción puede ser entendida como cuestionamiento precisamente a la reificación de la identidad llevada a cabo por algunos teóricos de los llamados “nuevos movimientos sociales”). Así, tanto el sentido de la construcción del mundo que alberga la identidad, según Calhoun, como la coexistencia de la fetichización y la desfetichización, en la perspectiva de Holloway, nos ayudan a argumentar sobre la potencialidad intrínseca de los sujetos para las “fugas hacia la libertad”.

Sintetizando, este trabajo se orienta por una concepción del sujeto de la protesta caracterizado, en primer lugar, por su inscripción en un campo de posibilidad –no fatalidad– estructural para la contestación a las políticas de ajuste, y en segundo lugar, por su escisión entre la sujeción y las búsquedas de libertad, y por su movilización a partir del llamamiento (interpelación) desde un sentido del mundo social sustentado en creencias, valores e ideales.

En el ámbito de lo macrosocial, son el florecimiento de estas proyectualidades-identidades a través de la protesta y la confrontación entre conformidades y “fugas hacia la libertad”, así como la toma de la palabra por parte de los sujetos y las acciones colectivas, lo que en determinados tiempos constituye “la crisis”. La misma que, según Portantiero “opera haciendo estallar la percepción reificada de las relaciones sociales como actualización de ‘intereses’ predefinidos” (Portantiero, 1988). La crisis, nos dice Portantiero siguiendo a Cacciani⁴, se instala en el

4 Portantiero cita el texto de M. Cacciani (1981).

“mundo vital” y adquiere una productividad particular, “como brusca iluminación de la artificialidad de la acción colectiva”, como “proyecto político y como resultante del conflicto entre proyectos políticos” (Portantiero, 1988: 173). La crisis, en ese sentido, sería la ideología objetivada, encaminada a través de las identidades en tanto vehículos para las aspiraciones colectivas, valores y sentidos del mundo social y político, así como a través de las acciones colectivas en tanto búsquedas de incidir en el cambio a partir de determinados proyectos de sociedad.

La confrontación de tales “proyectos” no es otra cosa sino el ruedo político en el que entran en liza fuerzas sociales y políticas (partidos, clases, grupos de interés, grupos étnicos y de género, etc.), el campo minado de la hegemonía, en el que las fuerzas en pugna pueden implosionar y sucumbir, resistir creando equilibrios, o triunfar. Y en este terreno es donde nos abocamos al análisis de las astucias de la construcción del consenso. Ya hace años, en una línea argumentativa de vocación gramsciana, Laclau advertía que la hegemonía es construida no mediante la imposición de una ideología uniforme, sino a través de sutiles articulaciones y absorciones de diferentes visiones del mundo en forma tal que el antagonismo potencial de éstas resulte neutralizado (Laclau, 1980: 188-189). Habría además que agregar que tales absorciones asumen dinámicas no disruptivas a merced de creencias y evaluaciones del mundo social compartidas por dominantes y dominados. El desarrollo teórico de este punto lo encontramos en el análisis de Carlo Ginzburg, quien adhiere el análisis de Mikhail Bakhtin en *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, en torno a la circularidad de la cultura, en el sentido de que las creencias de las clases subalternas y la de las clases dominantes ejercerían una influencia recíproca (Ginzburg, 1995: 24). El caso paradigmático de una creencia compartida que ha ejercido una influencia enorme en el desenlace de los acontecimientos de la protesta de los últimos años sería, para nuestro caso, el de la corrupción, en su acepción moralizante que la constituye en la fuente de todos los males, ladeando las significaciones propiamente políticas de ella. Se comparte, entonces, la idea y el enunciado, esgrimido por las elites dominantes de manera instrumental en respaldo de lineamientos de organismos como Transparencia Internacional, y a su vez sostenido desde el lado de los sectores subalternos ecuatorianos en la medida en que este enunciado forma parte de la categorización y perspectiva predominante sobre la sociedad, circunscribiendo frecuentemente la solución –unos y otros – al desalojo de los corruptos y a medidas de saneamiento, que postergan las soluciones políticas. No se trata, pues, de una mera recepción pasiva o de una imposición, sino de la intersección entre los valores que dan vida a una cultura y los relatos legitimantes del desmantelamiento del antiguo Estado interventor y desarrollista.

DE LA LÍNEA METÓDICA

Concretemos ahora las posibles secuencias de acceso a la comprensión de la ideología de la protesta.

Una primera vía, hemos considerado, es el acceso desde el umbral de la singularidad y la experiencia, desde el proceso de constitución del sujeto de la protesta en la interacción con otros, así como de su lectura y posicionamiento frente al orden. Para el efecto, junto con la comprensión de los contenidos de la protesta y los estados de ánimo colectivos⁵, recuperaremos segmentos biográficos significativos, pasajes en los que podamos advertir la inflexión de sentidos que representan el cuestionamiento al contrato social existente. No nos interesa, en tal sentido, toda la historia de vida, al no concebir a esta como la trayectoria hacia un *telos*; focalizamos más bien los momentos cuya narración condensa los ideales, sentimientos y las creencias interpelantes. La comprensión de la singularidad tiene validez en tanto entrada al mundo simbólico de un grupo social, pues, como señala George Marcus, “las representaciones colectivas se filtran de manera más efectiva a través de las representaciones personales” (Marcus, 1994: 48).

Tal posicionamiento en torno a la singularidad se encuentra distanciado de una perspectiva individualista, en virtud de varios supuestos. Primero, la producción de sentidos personales es posible solamente en estrecha relación con los sentidos sociales, y en la intersubjetividad. Segundo, la interpelación se realiza en la confluencia de la profundidad proyectual del sujeto y de sus los relatos personales con los relatos culturales colectivos. Tercero, la singularidad encuentra anclaje en el “sujeto” propiamente, y no en el “actor social” –tan importante en los perspectivas sobre movimientos sociales– en virtud de la escisión interna apuntada con anterioridad, y de la oscilación dialéctica entre la sumisión y la libertad, que lo define como lugar del ejercicio del poder (ni la metáfora del escenario, ni el concepto de acción vinculadas a la idea de “actor” traducen de manera adecuada, en mi criterio, esta escisión, y la complejidad con la que el sujeto se aboca al juego de la hegemonía).

Una segunda entrada, derivada del acceso a través de la singularidad, es el lenguaje. A través de él procuraremos la comprensión de la

⁵ Una propuesta igualmente interesante, de aproximación al fenómeno ideológico es la que realiza E. P. Thompson, en su obra *La formación de la clase obrera inglesa*, en la que trata sobre la movilización popular entre las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX (Thompson, 1987). Esta obra llama la atención sobre los sentimientos que animan la protesta y los contextos simbólicos. Al abordar los símbolos e imágenes que habitan el lenguaje, el concepto de “imagística”, coadyuvaría a la comprensión de los sentimientos.

ideología de la protesta, mediante el escrutinio las representaciones en dos niveles: el de los saberes sociales circulantes, y el de los “insumos” socio-cognitivos.

En el primer nivel de aproximación es fructífero recordar la obra de George Rudé (1981): *Revuelta popular y consciencia de clase*. En ella se argumenta que la ideología popular es una “mezcla, una fusión de dos elementos, de los cuales solamente uno es privativo de las clases populares, mientras el otro se sobreimpone mediante un proceso de transmisión y adopción desde afuera. El primero es el elemento “tradicional” o “inherente”, basado en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva”. El segundo elemento es “un cúmulo de ideas y creencias que se toman prestados de los demás y que se presentan en forma de un sistema más estructurado de ideas políticas”, como por ejemplo: “Derechos del Hombre”, *laissez faire*, ideas religiosas, etcétera. A este elemento Rudé lo ha denominado “elemento derivado”. No existe, según el autor, ninguna separación rígida entre los dos elementos de la “mezcla” ideológica, pues el “elemento inherente” de la ideología de una generación bien puede ser el “elemento derivado” de la ideología de la generación anterior (Marx, por ejemplo, no hubiese podido adoptar el punto de vista de la explotación clasista sin la lucha anterior del proletariado) (Rudé, 1981: 34-36). Finalmente, la “revuelta” o, hablando en términos contemporáneos, la movilización sería posible, bajo la existencia de los siguiente factores: en primer lugar, la existencia del “elemento inherente”, en segundo lugar, del “elemento derivado” o externo, que puede absorberse si el terreno es preparado de antemano y, en tercer lugar, las circunstancias o experiencias que determinen la naturaleza de la “mezcla final” (Rudé, 1981: 45). En el plano procedimental, se trata de identificar en las alocuciones las capas del elemento “inherente” y el elemento “derivado”, es decir, las modalidades de discurso en tanto oriundas de diversas temporalidades socio-culturales.

En el segundo nivel de aproximación al lenguaje, nivel anclado ya en lo singular-social y más conciso y detallado que el primero, tratamos de leer las representaciones captando las clasificaciones y evaluaciones del mundo social, de sus jerarquías y del lugar propio en ese mundo; pero indagamos también la oferta política que cada uno tiene para este. Lo hacemos sobre la base de aislar núcleos elementales, procedentes de los sustratos cognitivos y articulados sobre dicotomías primarias. Pero, ¿de qué hablamos cuando hablamos de “representaciones”?

Denise Jodelet concibe que las representaciones son formas de conocimiento social: imágenes que condensan conjuntos de significados, sistemas de referencia que permiten interpretar el mundo, categorías de clasificación de las circunstancias, los fenómenos y los individuos que

nos rodean, teorías que nos permiten establecer hechos sobre ellos. Tales formas de conocimiento surgirían en la intersección entre lo psicológico y lo social, en virtud de los marcos culturales que poseen los sujetos para la aprehensión de lo representado (Jodelet, 1988: 472-473).

Al hablar de “representación”, nos estamos refiriendo al modo como se establece la relación de los sujetos del conocimiento social con objeto/s, sujeto/s o fenómeno/s del mundo exterior, a través de su sustitución y refracción mental, de un acto de restitución simbólica de “algo”, de recuperar ese “algo”, otorgando significación y contenido subjetivo y valorativo al acto de conocer (Jodelet, 1988: 475-476). Interpretando a Moscovici (1986), podemos decir que el objeto es reconstruido y valorizado a través de una especie de “filtro” durable, que es justamente el sistema de representaciones que precede y configura a la lógica del raciocinio. Tanto las representaciones como el ámbito mayor en el que ellas se procesan: el de la ideología, tienen la propiedad de constituirse en fuerza material, de “objetivarse”, de donde deriva su capacidad de construcción de realidades sociales⁶ (Hall, 1997: 15; Jodelet, 1988: 483). Esta capacidad de objetivación, como hemos dicho en párrafos anteriores, se realiza a través de la identidad.

En el nivel de las representaciones sobre el mundo social y político y el lugar propio en él, los sentidos serán decodificadas a partir de los núcleos de oposiciones binarias que estructuran el conocimiento del mundo y se expresan en las hablas. A partir del basamento de las representaciones en las dicotomías cognitivas primigenias emprendemos el análisis de la estructuración del contenido ideológico, identificado las redes de nociones que acompañan cada uno de los polos de las dicotomías nucleares, reconstruyendo las imágenes verbales y símbolos que constituyen una matriz o constelación ideológica más o menos compartida por el grupo o subgrupo social al que pertenece el o la testificante⁷. Es en esa matriz ideológica que decodificamos en las hablas donde encontraremos, también, la ambivalencia de las identidades de la protesta.

6 Las representaciones adquieren fuerza material en virtud de dos procesos. El primero, la objetivación, implica que las nociones abstractas del sujeto son puestas en imágenes, haciendo corresponder cosas con palabras y dando cuerpo a esquemas conceptuales (símbolos, mitos) (Jodelet, 1988: 481). El segundo proceso, el anclaje, está relacionada con una función social y “se refiere al enraizamiento en lo social de la representación y de su objeto”, en dos momentos, uno de ellos es el de integración cognitiva o integración dentro del sistema de pensamiento preexistente; y el segundo conlleva que “la intervención de lo social se traduce en significado y utilidad que les son conferidos”, proyectándose en la instrumentalización del saber (Jodelet, 1988: 486-487).

7 Ciro Flammarion Cardoso ha llamado la atención sobre la necesidad de analizar las representaciones sociales en sus diversos niveles de complejidad (Cardoso, 2000).

Hemos procedido a dialogar en profundidad con dieciséis interlocutores/as, doce de los/las cuales nos brindaron sus testimonios personales, siendo ellos/as miembros de base, mandos medios y allegados a organizaciones campesinas e indígenas de las provincias del Azuay y Cotopaxi, así como a organizaciones estudiantiles y obreras de la provincia del Azuay; las restantes cuatro entrevistas, de carácter informativo, son resultado de diálogos con dirigentes nacionales de las fuerzas movilizadas. Cabe añadir que, aun cuando nuestro trabajo se concentró en la provincia del Azuay, fue inevitable ampliar el universo de investigación a una de las provincias centro-norte del país, caracterizada por una activa movilización indígena; tal ampliación sería indicativa de la coextensividad de la protesta en tanto “indígenas” y “campesinos”; en general, ha sido inevitable remitirse a contextualizaciones de la protesta en ámbitos nacionales. Nuestro material de trabajo ha incluido también textos testimoniales escritos, así como hojas volantes recabadas en las marchas, asambleas y otros eventos de protesta hacia donde orientamos nuestra observación participante.

La argumentación incorpora profusamente la palabra de los/las interlocutores/as, a quienes nombro mediante seudónimos que precautelan su identificación. Al proceder de esta manera hemos procurado evitar la deducción de los sentidos de la protesta desde las hablas oficiales, distantes de los horizontes cotidianos, y cargadas más bien del “elemento derivado” originado en diversas instituciones: direcciones partidarias, sindicales, indígena-campesinas, organismos internacionales, etcétera. Al focalizar nuestro interés en las hablas “no autorizadas” buscamos recuperar su especificidad y sus desplazamientos de la “palabra legítima”, desplazamientos que provienen de un habla más matizada y compleja, informada en los sentidos políticos emanados de la socialidad. Es un esfuerzo que quiere alimentar la posibilidad de una escritura de la historia política del Ecuador contemporáneo “a contrapelo” y “desde abajo”.

TABLAS

Tabla I
Movilización de sectores populares opuestos al ajuste*

Gobierno	Período	Campesinos	Estudiantes	Indígenas	Sindicatos	Trabajadores
Sixto	Mar-Jun 96	4	2	-	21	50
Sixto/Abdalá	Jul-Oct 96	1	2	5	16	40
Abdalá	Nov 96-Feb 97	-	10	12	14	51
Alarcón	Mar-Jun 97	6	5	7	20	69
Alarcón	Jul-Oct 97	6	4	10	28	61
Alarcón	Nov 97-Feb 98	3	12	4	13	39
Alarcón	Mar-Junio 98	16	7	3	23	68
Alarcón/ Jamil	Jul-Oct 98	10	8	18	28	60
Jamil	Nov 98-Feb 99	2	9	9	18	45
Jamil	Mar-Jun 99	8	14	10	44	72
Jamil	Jul-Oct 99	6	5	16	26	34
Jamil/Noboa	Nov 99-Feb 00	8	13	24	19	38
Noboa	Mar-Jun 00	11	7	21	39	39
Noboa	Jul-Oct 00	13	1	24	13	21
Noboa	Nov 00-Feb 01	16	41	48	14	29
Noboa	Mar 01-Jun 01	10	3	13	9	38
Noboa	Jul-Oct 01	3	1	1	18	29
Noboa	Nov 01-Feb 02	4	8	6	7	16
	TOTAL	127	152	231	370	799

Fuente: Elaboración propia en colaboración con Ladislao Landa con base en CAAP, *Ecuador Debate*, N° 38-55.

* Tabla referida al Gráfico 1.

Tabla II
Dinámica del conflicto, 1996-2002*

Gobierno	Período	Eventos
Sixto	Mar-Jun 96	131
Sixto/Abdalá	Jul-Oct 96	118
Abdalá	Nov 96-Feb 97	208
Alarcón	Mar-Jun 97	236

Tabla II [continuación]

Gobierno	Período	Eventos
Alarcón	Jul-Oct 97	239
Alarcón	Nov 97-Feb 98	209
Alarcón	Mar-Junio 98	275
Alarcón/Jamil	Jul-Oct 98	230
Jamil	Nov 98-Feb 99	208
Jamil	Mar-Jun 99	290
Jamil	Jul-Oct 99	253
Jamil/Noboa	Nov 99-Feb 00	237
Noboa	Mar-Jun 00	227
Noboa	Jul-Oct 00	179
Noboa	Nov 00-Feb 01	293
Noboa	Mar 01-Jun 01	162
Noboa	Jul-Oct 01	104
Noboa	Nov 01-Feb 02	81

Fuente: Elaboración propia en colaboración con Ladislao Landa con base en CAAP, *Ecuador Debate*, N° 38-55.

* Tabla referida al Gráfico 2.

Tabla III
Objeto del conflicto*

Gobierno	Período	Denuncias Corrupción	Financia- miento	Laborales	Salariales	Rechazo Política Estatal	Otros	Total
Sixto	Mar-Jun 96							
Sixto/ Abdalá	Jul-Oct 96	21	6	6	22	24	39	118
Abdalá	Nov 96-Feb 97	43	12	3	10	72	68	208
Alarcón	Mar-Jun 97	94	41	16	20	20	55	246
Alarcón	Jul-Oct 97	45	46	17	26	38	67	239
Alarcón	Nov 97-Feb 98	50	41	3	12	43	60	209
Alarcón	Mar-Junio 98	61	80	7	39	33	55	275
Alarcón/ Jamil	Jul-Oct 98	42	41	12	29	60	46	230
Jamil	Nov 98-Feb 99	53	37	9	17	58	34	208
Jamil	Mar-Jun 99	39	45	7	72	99	28	290
Jamil	Jul-Oct 99	54	28	11	29	93	38	253
Jamil/ Noboa	Nov 99-Feb 00	52	15	26	14	97	33	237

Tabla III [continuación]

Gobierno	Período	Denuncias Corrupción	Financia- miento	Laborales	Salariales	Rechazo Política Estatal	Otros	Total
Noboa	Mar-Jun 00	47	20	11	40	85	24	227
Noboa	Jul-Oct 00	51	19	5	7	64	33	179
Noboa	Nov 00-Feb 01	47	32	24	47	147	19	316
Noboa	Mar 01-Jun 01	34	30	11	11	54	20	160
Noboa	Jul-Oct 01							
Noboa	Nov 01-Feb 02	8	5	1	13	19	35	81
	Total	741	498	169	408	1006	654	

Fuente: Elaboración propia en colaboración con Ladislao Landa con base en CAAP, *Ecuador Debate*, N° 38-55.

* Tabla referida a los gráficos. 3, 4, 5 y 6.

Cuadro 1

Referentes étnico-políticos (en orden de sentido jerárquico)*

Dominados	Dominadores
Pobres, sufrientes Indios, negros, algunos mestizos Pueblo ecuatoriano (Ecuador-Mamallactapi)	Ricos, gobierno Hacen sufrir a los indígenas y a todo el pueblo ecuatoriano
Indígenas [se organizan] [desafían a los mishus]	Mishus [Niegan la condición humana y ciudadana de los indígenas] [Abusan]

* Interlocutor: Juan Lorenzo. Esquematización del análisis que consta en el capítulo II, sección "Juan Lorenzo".

Cuadro 2

Representaciones sobre la composición del mundo social*

Indígenas	Instituciones	Autoridades, poderes del Estado	Banqueros, ricos
Viven en la más extrema pobreza Trabajan Luchan	Dan apoyo	No hacen nada Roban	Roban

* Interlocutor: Miguel. Esquematización del análisis que consta en el capítulo II, sección "Miguel".

Cuadro 3

Modelo utópico de sociedad (a) (elementos básicos)*

Lo inservible	Lo adecuado
Mantener instituciones estatales	Invertir el dinero en el desarrollo y la asistencia social

* Interlocutor: Miguel. Esquematización del análisis que consta en el capítulo II, sección "Politicidad y proyecto político".

Cuadro 4
Narrativas sobre la injusticia*

Ciudad	Campo
Menosprecio y engaño de parte de los burócratas Aculturización de los trabajadores Servicios	Padecimientos Ausencia de servicios

* Interlocutor: Jorge. Esquemmatización del análisis realizado en el capítulo II, sección “Jorge”.

Cuadro 5
Diagnóstico social y acciones políticas*

Acciones	Diagnóstico
Movilización Lucha Gobierno popular	Pobreza Miseria Política neoliberal

* Interlocutor: José María. Esquemmatización del análisis realizado en el capítulo II, sección “José María”.

Cuadro 6
Modelo utópico de sociedad (b) (elementos básicos)*

Orden social actual	Futuro
Injusticia Corrupción Jerarquías económicas	Socialismo Jerarquías basadas en el respeto a la educación [simbólicas]

* Interlocutor: Joaquín. Esquemmatización de la red de nociones analizadas en el capítulo III, sección “Joaquín”.

Cuadro 7
Modelo utópico de sociedad (c) (elementos básicos)*

Capitalismo	Socialismo
Acaparamiento Dinero fácil Mentiras Falta de solidaridad Enajenación Banqueros Modernizadores [ladrones]	Bien público Dignidad Igualdad Identidad

* Interlocutor: Julio. Esquemmatización de la red de nociones analizadas en el capítulo IV, sección “Julio”.

Cuadro 8

Vertientes ideológicas y prácticas en la corriente sindical clasista*

Espacios de confrontación e interlocución	Sujetos	Contenidos ideológicos en orden jerárquico de predominio	Matrices doctrinarias predominantes	Prácticas
Altos niveles del Estado	Dirigencia sindical unificada	Clasismo: discurso y efecto político Corporativismo universalista y laico: defensa de intereses colectivos de los trabajadores y sectores populares	Socialismo Marxismo-leninismo	Confrontación Negociación Demanda
Niveles estatales intermedios. Empresas de producción y/o servicios Centrales sindicales	Organizaciones intermedias (“corporaciones” propiamente dichas como unidad frente a instancias estatales de nivel provincial o local)	Corporativismo particularista laico Corporativismo universalista	Socialismo Marxismo-leninismo Pluridefinición doctrinaria Indefinición doctrinaria	Confrontación Negociación Demanda Relaciones obrero-patronales en niveles estatales intermedios
Espacios de agremiación, niveles internos	Miembros de base de la organización. Militantes y activistas	Corporativismo particularista no secularizado	Pluridefinición doctrinaria Indefinición doctrinaria Socialismo Marxismo-leninismo	Prácticas mutuales Relaciones inter obreras cara a cara

Fuente: Síntesis realizada en el capítulo IV, sección “Combates y plegarias”.

* El presente cuadro representa la constitución del sindicalismo de la vertiente clasista, en se de efectos superpuestos de representaciones, ideologías y prácticas de diverso origen en varios niveles y ámbitos sociales. Hemos hipotetizado un corte vertical, con el fin de identificar las diversas estratificaciones ideológicas.